

Humanismo personalista

Pablo Sebastián

Maestro. Puertollano.

Algunos de nosotros hemos sido mal educados religiosamente, lo reconozco. No puedo por menos de recordar con asombro cuando allá por los años cincuenta me decían al pasar por una semiclandestina y humildísima iglesia protestante de Puertollano (Ciudad Real): «Escupe». Aquellos hermanos creyentes que en medio de la adversidad mantenían su credo luterano en la España profunda de charanga y pandereta, lejos de merecer mi consideración, eran presentados a mi perspectiva infantil como el colmo de la degeneración y el libertinaje sobre el que había que escupir: ¿cómo se atrevían a tanto aquellos protestantes en la España aquiescente! Se trataba de una actitud bastante común en aquella España tan desgraciada, en la que no había otra alternativa que ser católico o ser católico: ¿cómo imaginar a un español no católico? El resto ya se sabe: o no ser nada, o no ser nadie, o no ser.

De aquella palurdería (o de la precedente) ni siquiera se libró don Miguel de Unamuno cuando compuso rimas tan desafortunadas como la que sigue:

Adiós, mi Dios, el de mi España,
adiós mi España, la de mi Dios,
se me ha arrancado de viva entraña
la fe que os hizo cuna a los dos.

¿Un Dios español? O demasiada arrogancia para el español, o demasiado nacionalismo para Dios. Aunque ni siquiera ningún español ha visto a Dios, sin embargo demasiadas veces ha venido apareciendo en este desgraciado país algún don «Nadie» que ¡pisando fuerte y porque se puede! ha careado en el corral: «Nadie —o sea

yo mismo, don Nadie— ha visto a Dios». Pobre ignorante: todo lo que digamos de Dios los españoles y los extranjeros (por ejemplo, que Dios es Uno, Bueno, etc), en Dios son causativos: más que Uno, Dios es Aquél que unifica; más que Bueno, Dios es Aquél que bonifica, etc.

Pero unas cosas arrastran a otras y, como era de esperar, por aquello de que los extremos se tocan, *de la palurdería de ayer a la palurdería de hoy* no hay más que un paso. El resultado: que ahora casi nadie quiere saber nada de Dios (son agnósticos antes de haber di-agnosticado), y mucho menos desean oír una sola palabra de la religión católica, aunque en el fondo tampoco de ninguna otra. De nuevo, también en estos días resulta difícil filosofar, pensar, escribir, vivir la identidad confesionalmente, sin que los demás vuelvan a recomendar a los pequeños: «Escupe, niño», pero ahora sobre la religión católica. Se trata de la misma animalidad.

Mas ¿acaso reconocerse creyente, acaso proclamar la propia confesión de fe elimina o condiciona lo racional en favor de un irracional fideísmo? Más bien ¿no se truncaría un pensar y un vivir autoclausurado en la eminencia deficiente? ¿qué humanismo o personalismo merecedor de futuro sería el autocontenido, sin un Dios que redimiese tanta miseria, que rescatase al bueno para siempre, que hiciese justicia donde no la hubo, que pusiera a salvo de la iniquidad, que nos reconociese en nuestra irrepensible identidad, que diese la vida más allá de la muerte? ¿no habría que acabar por tanto con la división escolar entre humanismo teísta/ateo?

Todo el personalismo seminalmente presente en la humanidad se actualiza en la persona de Jesús. Mounier fue personalista con los no-creyentes-sí-militantes, es decir, de cristianos

anónimos. Pero ese personalismo ha muerto, y en su lugar se promueve hoy un materialismo vulgar, se exuda resentimiento contra lo eterno divino. En otras palabras, se ha olvidado del martirio que da la vida y se ha especializado en quitarla a los más débiles (nascituros, terminales, marginados, pobres) promoviendo un materialismo vulgar y por eso exuda resentimiento contra un Dios que es Padre bueno. Aun así no renuncia a definir lo humano y lo inhumano, los derechos y los deberes, lo que vale y lo inválido; ella, la sociedad que no cree en nada, salvo en su capacidad de hacerlo creer todo por la imagen, vive de *hybris*: renegando del Amor divino, se afirma en un *non serviam* humano que, para su propia desgracia, pretende ser como Dios. Un hombre sin atributo ha dado así paso a un hombre con atribuciones, incluida la atribución de metabolizar el personalismo afirmándose sobre sus propias ruinas.

Todo lo cual, sin la menor duda, es tan verdadero como que su contrario es falso. Sin embargo, ¿quién se atreve hoy a sostenerlo, si es que ese alguien mantiene alguna aspiración académica, o espera algún reconocimiento social o político, o algún homenaje generoso por parte de la cosa pública, o incluso algo tan elemental como el reconocimiento de un sexenio académico? Sobrarían dedos de las dos manos para encontrar esos testigos.

¿Dónde están, por su parte, los que habiendo prometido un paraíso en la tierra han terminado convirtiéndola en un infierno? Haciendo cola para ingresar en Mercacomún y tratando de abjurar de sus veleidades comunistas, porque Europa es su nueva unidad de destino en lo universal. Pero nunca les verás pensar ni actuar de otra forma que no sea la europeamente correcta, nunca reconocerán

que se equivocaron ayer, aunque de sabios sea rectificar, nunca les oirás que su error fue el que fuera. Lo único claro es que la «ética» antirreligiosa por ellos postulada es el vástago homicida o vástago parricida de la religión, es decir, religión de segunda generación, religión ética. Nunca reconocerán que hasta un pensador tan poco sospechoso de fanatismo como W. James, después de afirmar que la terapia es la única contribución americana a la filosofía, se ríe un poco de las religiones de la *mind cure*, de esas que más que religión son aspirina y siquiatria (Las variedades de la experiencia religiosa. Península, Barcelona, 1999 pp. 69 ss), en las cuales ni te perdonan ni te curan, costándote además un riñón. No, no es la «osadía clerical» lo que rige hoy. Es la misma palurdería de siempre. El mismo oficio de tinieblas.

¿Dónde están los que habiendo prometido un paraíso en la tierra han terminado convirtiéndola en un infierno? Haciendo cola para ingresar en la Unión Europea y tratando de abjurar de sus veleidades comunistas, porque Europa es su nueva unidad de destino en lo universal.
